

Próximo número:

La preciosa novela-film

El Príncipe escultor

por el célebre
Thomas Meigham

Postal-fotografía
Wallace Reid

Precio: 25 céntimos

Sale todos los miércoles

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 31

25 cts.



**LA HIJA
DE LOS
TRAPEROS**

por
Blanche Monteí

FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XXXI

La Hija de los Traperos

(Basada en la novela de Anicet
Bourgeois y Ferdinand Dugué.)

por **BLANCHE MONTEL**

«LOS FILMS ARTÍSTICOS GAUMONT»

CONCESIONARIO: L. GAUMONT

Paseo de Graci., 66 -- BARCELONA

En el París de hace pocos lustros, durante la noche, los traperos iban por las calles recogiendo girones de trapo, papeles viejos, desperdicios de todas clases. Bajo la marcha del progreso, van desapareciendo poco a poco... En breve no quedará de ellos más que el recuerdo.

—¡Eh, vecinal... ¿Qué sucede?—gritó desde su habitación a la que ocupaba la de al lado, la tía Moscon, la traperera, que de regreso de su trabajo nocturno, a altas horas de la madrugada, había oído lamentos desesperados.

Nadie le contestó. Mujer de gran corazón, en un cuerpo sin armonía, avezado a la rudeza de labores varoniles, extremadamente voluminoso, con cara en consonancia con el resto heterogéneo, sin faltar en ella el correspondiente bigote de seis u ocho pelos largos y negros que la afeaban... más de lo que lo era, la

tía Moscou, viuda de un sargento de la Guardia Imperial, y ex-cantínera del Ejército, á la que los veteranos de la Campaña de Rusia le aplicaron el apodo "la tía Moscou" por su valor y su bondad, acudió á ofrecerse á ayudar si fuera preciso á su vecina.

—¿Necesita usted algo, señora Morel?... Pero ¿qué tiene usted?... ¿por qué llora usted así?

Luisa Morel, estrechando contra su pecho á su tierna hijita Marieta, dió á leer á la tía Moscou este escrito:

"Adiós, Luisa... He sucumbido en esta lucha contra la miseria y parto á la América del Sur para probar fortuna. Si regreso, será con oro... la felicidad para nosotros y una dote para nuestra pequeña Marieta.

Francisco Loureno".

—¡Válgame Dios! ¡Pobre señora Morel! ¡Pobrecita Marieta! ¡Ah, si yo lo llego á saber antes, no se escapa de mis manos sin oirme ese mal esposo y peor padre, que he visto salir tranquilamente cuando yo entraba en la escalera!

Pasaron unos días. Francisco Loureno, en Marsella, esperaba el de la salida de un vapor para América. Una tarde, en un café del barrio marítimo, Francisco trabó conocimiento con dos hombres que fueron á sentarse á su mesa. Enterados estos últimos de la pretensión de Francisco, díjole uno de ellos:

—Pero, amigo, ¿usted sabe lo que es partir á América como emigrante?... Yo tengo algo mejor que ofrecerle...

—¿Qué?

—Nosotros también saldremos pronto para allá... pero vamos en un pequeño velero... y si encontramos en la travesía algún navio mercante... ¿Comprende usted?...

Francisco, dispuesto á salir de la situación precaria, desesperada, en que se debatía, con-

sultóse á sí mismo rápidamente, y convino en que la ocasión que se le brindaba era quizá el eslabón indispensable para conseguir sus afanes: dinero, mucho dinero. De consiguiente, se afilió á la banda de los piratas.

Luego que desaparecieron del café Francisco y los otros dos compinches, entró en él Pancho «El Juerguista», sobrino de la tía Moscou. Por su visible excitación y gestos de temor, una camarera amiga suya, pues era cliente del establecimiento, sospechó, comentando sus dudas con una compañera, que Pancho parecía haber hecho algún mal negocio. La pregunta que él hizo acerca de la hora y punto de partida de la diligencia de París, era motivo para confirmar la presunción de la camarera.

Entretanto, en París, la tía Moscou, acompañada de la pequeña Marieta, presentó ésta á las autoridades, á quienes manifestóles:

—Ya lo ven ustedes señores. Esta niña está sola en el mundo. Su padre se marchó no se sabe á dónde... Su madre ha muerto de pena y de privaciones... Yo, señores míos, me encargaré gustosa de este angelito inocente.

Complacida en su generoso ofrecimiento, la tía Moscou adoptó á Marieta, en quien, desde un principio puso todas las alegrías é ilusiones de mujer buena, de corazón inmenso.

Marieta, inconsciente todavía de su orfandad, abrió por completo su delicado cuerpo á su protectora y Dios solo sabía lo contenta que estaba de vivir con ella, con la que jugaba á menudo á los soldados vestida de cantinera.

Una noche, cuando la tía Moscou se entregaba al reposo bienhechor en medio de un silencio imponente, tres golpes leves y nerviosos fueron dados á la puerta de su casa. La tía Moscou se levantó evitando el menor ruido y preguntó:

—¿Quién es?...

—¡Soy yo, tía!... ¡Soy Pancho!

—¿Tú?... ¡Entral... ¿Qué pasa?

Una vez dentro, Pancho «el Juerguista», implorándole que se apiadara de él, reveló á su tía el terrible secreto de su vida, que le obligó á huir de Marsella.

Aterrada por lo que le había contado su sobrino, y dispuesta á ayudarlo, la tía Moscou le propuso asociarse con ella al negocio ambulante nocturno de trapería.

Puestos de acuerdo, la tía Moscou presentó al día siguiente á su sobrino á todos los compañeros de oficio, en la ciudad de los traperos, (así llamados los Arrabales de París en que perfectamente unidos vivían en modestas casas los que se dedicaban á tal profesión), notificándoles:

—Es mi sobrino... quiere ser de los nuestros...

Fué cordialmente recibido en el seno de la gran familia, cuyos miembros simpatizaron en seguida con Pancho que era un buen mozo y al parecer muy franco y noble.

La tía Moscou dijo entonces á su sobrino:

—Ya estás en seguridad... Ahora ganarás tu vida como traperero, y no saliendo más que de noche, no hay temor de que seas reconocido.

Pasaron algunas semanas.

Escondido durante el día en casa de la tía Moscou, Pancho llegó á ser el gran amigo de Marieta. La criatura considerábalo como un hermano mayor en el que ampararse en la vida conjuntamente con la tía Moscou, su madre adoptiva. Pancho, por su parte, había hallado la calma necesaria á su espíritu al lado de Marieta, y la quería como se quiere á una hermana sin el calor de la madre y sin la ayuda del padre; como se quiere á una hija, cifrando en ella todas las ilusiones de su vida.

Era verdaderamente encantador presenciar como Pancho enseñaba á leer á Marieta, poniendo en esta tarea una paciencia admirable, y como la niña concentraba su atención en los caracteres saltarines para retenerlos en su memoria.

A veces la tía Moscou, vencida, á su pesar, por la fuerza emotiva del cariño que se profesaban abiertamente Pancho y Marieta, lloraba de alegría y se sentía intensamente satisfecha de que Marieta, la pobre huérfana, fuese feliz, completamente dichosa, y de observar que su sobrino parecía disipar la sombra que había en su vida, por haberse quizá confirmado, al contacto de la inocencia y pureza de Marieta, su propia inocencia...

Llegó á tal alto grado el cariño de Pancho y Marieta, que un día aquél dijo á su tía:

—Habría que comprar á esta pequeña vestidos mejores y darle educación...

—No somos ricos, Pancho,—le respondió apenada, la tía Moscou.

—Es verdad, no tenemos dinero... Entonces, esta noche reuniremos á los amigos... Se me ha ocurrido una idea soberbia.

Por la noche hubo gran consejo en la ciudad de los traperos; todos, sin excepción, asistieron á la convocatoria. Pancho dirigió la palabra á los reunidos.

—Compañeros—dijoles—: Todos conocéis las causas dolorosas que motivaron la adopción de Marieta, aquí presente, por parte de mi tía, la tía Moscou. Sin nadie en el mundo, pues su madre murióse y su padre la abandonó, la pobrecita no hubiera sabido lo que es la vida si una mano caritativa no la hubiese recojido. ¿Cuál de vosotros no habría hecho lo mismo? Pues bien; la tía Moscou no es tan rica como buena y no cuenta con medios para asegurar el

porvenir de Marieta con una sólida instrucción. Haciéndolo, la obra de caridad será completa. De consiguiente, ¿estáis conformes en que cada uno de nosotros entregue cincuenta céntimos al mes? Con esta recaudación se podrá atender á la educación de Marieta... y ella será la hija de todos nosotros.

Una sola exclamación partió de todos los corazones:

—¡Aceptadol ¡Viva Marieta!

Las mujeres tenían lágrimas en los ojos, los hombres, la convicción de que no hay alegría comparable á la de socorrer en la misma pobreza de uno, al prójimo más necesitado todavía; la tía Moscou se reía y lloraba á un tiempo; y, por fin, Marieta tenía una cara muy alegre cual si reconociera la virtud de aquellas gentes...

Pasaron muchos años.

Después de haber hecho una rápida y considerable fortuna por procedimientos más ó menos legales, Francisco Loureno volvió á Francia, procedente del Brasil, donde cambió de nombre, y se hacía llamar Francisco Dartés.

Con el verdadero nombre de Loureno quedó enterrado su pasado. No supo más de su familia desde que partiera, pues salvo algunas cartas con dinero que envió á su esposa en los primeros tiempos de su partida, la olvidó por completo y no pensó en ocuparse siquiera de saber su paradero al regresar á Francia. Era otro hombre y no le convenia ni hacer averiguaciones por agentes secretos referente á la situación de su esposa y de su hijita, á fin de evitar que la menor indiscreción descubriera su exacta personalidad. Además, se había vuelto á casar en el Brasil. Su segunda esposa era también francesa y se llamaba Teresa. Es-

te casamiento aportó á Francisco una importante dote, con vistas á la cual contrajo matrimonio.

El advenedizo y su esposa habitaban en una casa magnífica de Paris que pronto fué concurrida por la buena sociedad atraída por la fastuosidad de las fiestas que se celebraban á menudo en ella.

El joven doctor Pablo Verdier era el médico de la casa.

Teresa, la esposa de Dartés, cuyo pasado aparecía envuelto en una nube de misterio, estaba locamente enamorada del Doctor Verdier, y le mandaba llamar á menudo. Un día, decidida á confesar su sentimiento hacia él, y habiéndole rogado fuese á visitarla en su casa, Teresa le reveló su infelicidad:

—No estoy enferma, doctor,... Es que soy muy desgraciada...

Ella le tomó una mano en las suyas; él, noble y caballero, trató de cortar por lo sano, marchándose, la insinuación amorosa culpable. Desalentada, Teresa suplicóle:

—¿Por qué se muestra usted tan frio y tan desdeñoso conmigo? Yo no hice un matrimonio de amor... y puesto que usted me ha hecho conocer el verdadero amor, ¿por qué no unir nuestras dos existencias?

La aparición del esposo de Teresa libró al doctor Verdier de la situación comprometedora en que lo ponía la exaltada mujer á la cual no había siquiera pasado por su mente corresponder en sus deseos.

Interesándose el señor Dartés por el estado de su esposa, contestóle el doctor, obligado á emitir un diagnóstico, saliendo de la casa seguidamente después:

—La señora está todavía muy nerviosa... Mi consejo es que salga á menudo y que se dé

largos paseos al aire libre.

El doctor Verdier era también el médico de los pobres y contaba entre los traperos con numerosos clientes. La popularidad y estimación de que gozaba en la ciudad de los nocturnos era tan grande como merecida por su grandeza de alma.

Precisamente en aquellos días, el doctor Verdier visitaba á Pancho á quien una enfermedad de cuidado había obligado á guardar



...el doctor Verdier visitaba á Pancho...

cama durante un par de semanas. Por fortuna, cuando le auscultó, procedente de la casa de Dartés, le dió de alta.

Pancho y la tía Moscú le estaban muy agradecidos al amable doctor, y todas las alabanzas que le dirigían los amigos que estaban con Pancho no resumían una sola de las suyas.

Al disponerse á franquear la puerta de la humilde mansión, el doctor retrocedió para

ceder el paso á Marieta que volvía del taller.

El doctor Verdier y Marieta se saludaron con cariñosas miradas, hijas de mutua simpatía de algún tiempo á aquella parte, y aquél salió de la estancia que parecía haberse iluminado al trasponer sus umbrales Marieta, la hija de los traperos, convertida á los 18 años en una delicada flor de París.

Pancho, aunque restablecido por completo, sintióse más fuerte al lado de su adorada Marieta, para la cual había sido un verdadero padre.

Pero Marieta, pobrecita, venía triste, muy triste. El motivo no podía ser sino doloroso para que ella pusiera esa cara sin brillo.

—¿Qué tienes, Marieta?—le preguntó Pancho.

—...¡Tengo una suertel... Después de un año de aprendizaje, cuando iba á ascender á obrera, me echan á la calle.

—¿Qué desconsideración...! ¡Maldita sea...!—dijo la tía Moscú.

—Pues sí que está mal hecho eso—asintieron los amigos de Pancho.

—¡Qué le vamos á hacer, Marieta! No te apures; te buscaremos otra casa donde estés mejor. ¡Alégrate, digo!

Por la noche en la ciudad dormida Pancho hacía su ronda habitual. De pronto su vista detúvose frente á un letrero que decía:

TIENDA PARA ALQUILAR

Dirigirse á la señora GERSON

Calle Le Regrattier, 24

y ocurriéndoselo una idea, retuvo en su memoria el indicado anuncio.

Al día siguiente, contra su costumbre, Pancho se decidió á salir de su escondite á la luz del sol. Iba á entrevistarse con la señora encargada del alquiler de la tienda disponible.

Teresa Dartés seguía al parecer los consejos del doctor y salía más á menudo.

Pancho, al cruzar una esquina vió á Teresa en su lujoso coche y quedóse como clavado al suelo, fuertemente impresionado por este encuentro. Con voz ahogada, murmuró, temblando:

—¡Ellal... ¡Es ella!

La visión fué fugaz; el coche desapareció á lo lejos. Pancho reaccionó, frotóse las sienes, tranquilizóse con la suposición de que lo sucedido no había sido más que una sugestión de su espíritu, y prosiguió su camino.

Por su parte, Teresa, secretamente, pidió consejo al señor Mas, agente de negocios poco limpios, acerca de cómo estaban los papeles de su casamiento con Dartés. Aquél, examinando la documentación correspondiente que Teresa le trajo, le dijo:

—Su matrimonio con Dartés, efectuado en el Brasil, está perfectamente en regla, así como la donación de bienes que hizo usted á su marido.

Teresa se mostró satisfecha de ello, quizá, probablemente, porque si acaso se viese precisada alguna vez á pedir el divorcio con su esposo Dartés, del que estaba hastiada, tenía la seguridad de poder reclamar, al separarse de él, el derecho á la recuperación de sus bienes ó del capital obtenido por Dartés al venderlos antes de regresar á Francia.

Desde casa del agente Mas, Teresa ordenó á su cochero que diera una vuelta por los arrabales.

Los traperos andaban de cabeza por saber qué significaba la convocatoria para una reunión general á las 4 de la tarde que les había sido escrita en un papel ó sobre la puerta de sus casas.

Pancho calmó los ánimos. Explicó á sus compañeros de oficio que él era el autor de

ello y que se trataba de alquilar una tienda para Marieta.

Siendo así, á las cuatro nadie faltaría al Consejo.

Con la esperanza de encontrar al doctor Verdier, cuyas costumbres conocía, Teresa paseábase en su landó por los alrededores de la ciudad de los traperos.

Entretanto, se efectuaba la colecta para instalar á Marieta en la tienda indicada por Pancho. Con una modesta aportación individual se había logrado reunir una bonita suma que la tía Moscou vino á engrosar con la entrega de todo el dinero que contenía una media, cuyo gesto fué acompañado de la siguiente exclamación:

—¡Aquí están todas mis economías! Con este dinero se pueden comprar las primeras mercancías para la tienda de nuestra hija adoptiva.

Los demás traperos aplaudieron la buena acción de la tía Moscou que se desprendía tan generosamente de un pequeño capital amasado á fuerza de trabajo y economías.

Marieta esperaba también encontrar al doctor mientras sus protectores se ocupaban de su porvenir. Al fin le vió á pocos pasos frente á ella; ambos jóvenes se saludaron con una leve inclinación de cabeza y Marieta iba á atravesar la calle cuando un caballo del coche en el que iba Teresa la arrolló derribándola en tierra. El cochero, enérgico, detuvo el carruaje. Teresa apeóse; el doctor Verdier había tomado ya en sus brazos el cuerpo desmayado de Marieta y condujo á ésta á su casa.

Los traperos, ocupados en el importante acto de la colecta por Marieta, se alarmaron al ver llegar en tal estado á su hija adoptiva

—¡Nada... no ha sido más que el susto!...

—gritóles el doctor—¡Pronto, traed un cordial. Pancho corrió á buscar la bebida.

Marieta volvió en sí; entonces Teresa, que no se había separado un momento del doctor Verdier, se excusó en estos términos:

—Siento mucho lo ocurrido, señorita.... Permítame ofrecerle este dinero para que pueda usted reemplazar su vestido.

La oferta fué tomada por los traperos como una ofensa, y se alborotaron profiriendo amenazas á la rica que trataba de saldar con un puñado de billetes el mal que su capricho de pasearse por aquellos lugares había ocasionado. El doctor Verdier intervino en la querrela.

Durante esa escena, salió Pancho de su casa con el cordial; pero, nuevamente, al ver á Teresa, algo sobrenatural, como fuertes cadenas que le paralizaran los miembros, lo clavó al suelo.—«¡Ella!... ¡Ella otra vez!»—baluceó para sí—. Y se volvió de espaldas á ella, ocultándose detrás de la tía Moscou, asustada por la agitación y palidez de Pancho, á quien pronunció algunas palabras al oído que la hicieron enmudecer de espanto.

Gracias al doctor Verdier, Teresa pudo salir sin peligro de la ciudad de los traperos y al subir á su coche, agradeciéndole su protección, ella dijo al doctor:

—No sabe usted cuánto cerebro que la casualidad nos haya hecho encontrar hoy...

Como todas, esta nueva frase cayó en saco roto porque el doctor se desentendía de la pretensión de la esposa de Dartés.

Las afirmaciones que se hacía de que era imposible que Teresa fuera la mujer que él conociera en otros tiempos, y de que sólo se trataba de un parecido sorprendente y desconcertante, le devolvió la calma y asimismo á su tía. Sin embargo, una idea le obsesionaba... el re-

uerdo volvía á surgir de las cenizas del olvido.

Algunos días después, Marieta se instaló en la tienda de flores que le regalaron los traperos, y en el pisito de la cual vivieron también desde entonces la tía Moscou y Pancho, sin dejarse ver en la tienda propiamente dicha á fin de que su presencia—según decían—no hiciera huir á los clientes.

La tienda de Marieta se hallaba enclavada



...Marieta se instaló en la tienda de flores...

en una calle céntrica y tranquila. Frente á ella se alzaba una residencia magnífica, habitada por los esposos Francisco y Teresa Dartés.

Resuelta á jugarse la última carta en el juego en el que el doctor Verdier desempeñaba el papel de protagonista, Teresa le escribió esta carta que guardóse para entregársela personalmente:

“No puedo resistir más á la necesidad de de-

circle todo lo que hay en el fondo de mi corazón. Renunció á mi para ser de usted, y he llegado á detestar á Dartés. ¡Si, le odio! Huyamos juntos. No reflexione en nada, porque nada tendrá fuerza bastante para retenerme. Por piedad, corresponda usted á mi amor.

Tengo el valor de firmar *Teresa.**

Una velada en casa de Dartés.

Francisco Dartés presentó á Teresa á un diplomático amigo suyo, agregado á la Legación de Francia, recién llegado del Brasil.

Poco después, recuperando su libertad, Teresa fué á preguntar á Darmont, un íntimo del doctor Verdier, si éste asistiría á la velada. Darmont le contestó afirmativamente y así que llegó su amigo le avisó:

—¡Ten cuidado!... La esposa de Dartés no puede ocultar su pasión por tí.

Verdier replicóle:

—¡Si supieses lo lejos que está mi pensamiento de ella!

La fiesta brillaba en todo su esplendor. Música, luz, alegría, confianzas, malos pensamientos, infidelidad, una amalgama de ideas llenaba el ambiente....

Al otro lado de la calle, Marieta, hasta quien habían llegado los mil ruidos de la velada de los Dartés, contempló, sola como estaba, pues Pancho y la tía Moscou habían salido á cumplir su obligación nocturna, desde la ventana de su dormitorio, la maga apariencia de la regia casa en el fondo melancólico de la ciudad en sueños... y acostóse.

Aprovechando una vuelta de vals, Teresa entregó rápidamente al doctor la carta que le había escrito.

Apenas terminado el baile, Darmont llevóse á su amigo á un gabinete particular, donde le dijo:

—¡Destruye esa carta!... ¡Dartés lo ha visto todo! Pero Dartés, comprendiendo que Darmont, habiéndole sorprendido sorprendiendo á su esposa, enteraba de ello al doctor, los siguió hasta el gabinete particular en el cual rogó á Verdier:

—Mi esposa le ha dado una carta... ¡Tenga la bondad de entregármela, caballero!

En tan grave situación, el doctor Verdier, guiado por un sentimiento caballeresco, inventó una mentira para salvar á Teresa Dartés... Y dijo al esposo de ésta:

—No ha sido su esposa quien ha escrito esta carta, sino yo...

—Caballero...

—La señora Dartés no se ha dignado abrirla y me la ha devuelto... Héla aquí... quemándola estoy en vuestra presencia... y al viento echo sus cenizas...

—Abusó usted de mi confianza, doctor Verdier y su proceder ha sido indigno. ¡Es usted un miserable!

—Caballero... ¡estoy á sus órdenes!..

—No esperemos á mañana para batirnos. Puedo morir de aquí á entonces y necesito vengar mi afrenta.

Pancho, de regreso de su ronda, pasando por debajo de la ventana desde la cual arrojó el doctor la carta ardiendo, que cayó al suelo, la apagó y guardóse el resto legible en su cartera, por mera curiosidad.

Convenientemente apadrinados por Darmont y el señor Sandoval, Verdier y Dartés, respectivamente, salieron á la calle.

Sandoval vió brillar cerca de allí la linterna de un traperero (que era Pancho) y llamó á éste á quien manifestó:

—Estos caballeros tienen que arreglar una cuestión de honor. Colóquese ahí y alumbre



...Complacida en su generoso ofrecimiento, la tia Moscou adoptó á Marieta...

con su linterna, que se le pagará bien.

Al reconocer al doctor Verdier, Pancho fué presa de honda emoción y siguió las fases del duelo con una terrible angustia.

Fatalmente, el doctor fué alcanzado por la espada de Dartés y debido á la gravedad de sn herida, que le impedía ser trasladado á su casa, fué atendido cariñosamente en casa de Marieta, quien, al ruido del desafío, que tuvo lugar á pocos pasos de su casa, acudió en auxilio del doctor, al que vió caer bañado en sangre desde su ventana.

Varias noches, Marieta veló á la cabecera del doctor á pesar de que éste se lo prohibía encargando á su amigo Dermont de hacerla entrar en razón.

Cumpliendo con los deberes de cortesía, muy á menudo el señor Sandoval visitaba la casa de Marieta para adquirir noticias del herido.

Entretanto, el señor Dartés, convencido de la inocencia de su esposa, se disponía á pasar con ella una temporada en el campo.

El señor Sandoval, hablando en la tienda de Marieta con Darmont, dijo á éste:

—Por un instante Dartés pensó volver al Brasil para olvidar lo ocurrido.... Fué allí donde nosotros nos conocimos.

En este momento llegó Pancho, que pudo oír lo manifestado por el diplomático.

—¡Caramba, he aquí á nuestro amigo... al hombre de la linterna!—exclamó al verle, el señor Sandoval.

—Dispéñeme, señor...—díjole entonces Pancho,—acaba usted de hablar del Brasil y quisiera hacerle algunas preguntas sobre ese país.

—Muy complacido si puedo serle útil.... Todos los días estoy en la Legación.

Pancho subió á las habitaciones de la tienda y preguntó á Marieta dónde tenía las cartas

que su padre, Francisco Loureno, escribió en otro tiempo á su madre. La tía Moscou oyó la contestación y dijo á Pancho:

—¡Déjate de simplezas Pancho!... ¿Por qué obstinarse en buscar al padre de la muchacha, si él se obstina en ocultarse?

*
*
*

El señor Mas, el agente de negocios poco limpios, trabajaba activamente por orden de Teresa á quien su esposo arrepentido de haber dudado de ella, se desvivía por complacer.

Como consecuencia de sus averiguaciones, el agente asalariado escribió esta carta á Teresa:

“...En fin, para terminar, como usted me ordenó que le dijese francamente todo lo que fuera sabiendo, le indico ahora que la señorita Marieta está muy enamorada del Sr. Verdier y que no sería sorprendente que este idilio terminase en matrimonio....”

Teresa se mordió los labios de celos y de rabia.

Marieta, enterada de que el doctor, ya convaleciente, iba á volver á su casa, se reunió con él y le preguntó:

—¿Entonces es verdad... es verdad que usted va á abandonarnos?

—Sí, Marieta. En este momento la tía Moscou prepara mi equipaje.

La confirmación por el mismo interesado, de su partida, hirió, cual un estilete, su tierno corazón; que rompió en amargo llanto incontenible.

Verdier conocía la causa... que era la misma causa que lo turbaba cuando estaba solo con Marieta. Con dulzura infinita, el doctor tomó en las suyas las manos de Marieta, la miró á los ojos; ella vió lo que los suyos le decían y sollozó de nuevo:

—¡Es imposible!... Usted es un hombre de ciencia, un caballero.... Yo no soy más que una pobre muchacha... la hija de los traperos...

—¿Y qué importa todo eso, puesto que yo la amo?... Marieta... ¿quiere usted ser mi esposa?

Marieta, toda amor, llena de fe, posó su linda cabeza sobre el pecho de su amado.

La tía Moscou llegó á tiempo de ser testigo de la escena.

—¡Bravo!—exclamó—¡Ya creía que era yo quien iba á tener que hacer la declaración! ¡Eh, Pancho, baja pronto, para ver á la prometida!

Acudió Pancho que unió sus votos de felicidad á los de su tía.

Verdier le dijo:

—El día del matrimonio será usted, Pancho, quien conducirá á Marieta á la iglesia, como si fuese el padre.

—¿Yo?... ¿Dar el brazo yo á Marieta en pleno día?... ¡Imposible!

—¿Por qué no?... ¿No es usted, en la ciudad de los traperos, el más estimado de todos?

—Nada, doctor... Me veo obligado á confesarle el secreto doloroso de mi vida...

—¡Cállate!... ¡Cállate!—le rogó la tía Moscou.

—¿Callarme?... Si me callara ahora, engañaría á estos dos muchachos... ¡Y eso nunca!... ¡Yo maté á mi mujer!...

—¡¡...!!

—Yo habitaba en Marsella y me había casado con una joven que se llamaba Raquel «la Pescadora». Era coqueta, holgazana, gastadora. Yo me mataba á trabajar para satisfacer todos sus caprichos; pero ella me engañaba... todo el mundo lo sabía en Marsella, pero el día que yo tuve una prueba la quise arrojar de mi casa. Ella lloró... yo creí en sus mentiras... Mas, al renacer la calma, ya no era yo el mismo hombre de antes... Había perdido el amor

al trabajo y me entregué á la bebida para olvidar mis sospechas, y una noche, al regresar á casa, ví en el suelo un botón del uniforme de un marinero. Después de haberme informado seguí su pista hasta las afueras de la ciudad. Yo estaba borracho... loco. La ví sobre una roca despidiendo á su amante que se deslizaba en una canoa mar adentro. La cogí por los brazos para apartarla de allí y castigarla en casa por su conducta; ella se negó á obedecer...



...la ví sobre una roca despidiendo á su amante...

cerme... entonces luché con ella y, sin que me lo pueda explicar todavía, se me escapó de las manos desapareciendo en el agua... Quise salvarla pero todos mis esfuerzos fueron vanos y ni siquiera logré encontrar su cadáver... Estoy seguro de que murió entonces... y sin embargo, aquí, en París, dos veces me pareció verla...

Marieta y su novio, el doctor, estaban sobre-

cogidos y compadecían desde el fondo de su alma al bueno de Pancho.

La noticia del noviazgo de Marieta y el doctor Verdier llenó de júbilo á todos los traperos, orgullosos de la suerte de su protegida.

El doctor, conforme lo había dispuesto, toda vez que estaba restablecido, se marchó de casa de Marieta, volviendo á la suya.

Habiendo llegado á conocimiento de Teresa Dartés la noticia de las relaciones de los dos jóvenes, se presentó un día en la tienda de Marieta.

—¿Tengo el gusto de hablar con la señorita Marieta... la prometida, según dicen, del doctor Verdier?

—Sí, señora...

—...Yo soy la mujer por quien el se batió el duelo...

—¿Usted?... ¿Y se ha atrevido usted á venir á verme? ¿Qué la trae á usted aquí? Pero yo la conozco á usted... sí... usted es...

—Y también me parece reconocer á usted... Sí, en efecto, la víctima de un accidente causado por mi coche...

—¿Con esos dos motivos se ha autorizado usted á presentarse á mí?

—Necesitaba hablar con usted á solas.... Amiga mía, siento decirle que ha concebido usted proyectos novelescos... completamente imposibles... ¡Para impedir ese matrimonio lo arriesgaré todo!

—¡Basta ya, señora; déjame usted!... ¡No sé... no quiero saber nada!

Dolorosamente impresionada por la fiera amenaza de aquella mala mujer, Marieta subió á sus habitaciones y rompió á llorar. Pancho, que estaba allí, solo, se figuró que alguien la había faltado al respeto en la tienda y rápida-

mente fué á cerciorarse de ello. Al pie de la escalera, desde donde vió á Teresa, sufrió un golpe formidable en el corazón, y una exclamación escapóse de sus labios:

—¡Raquel, «la Pecadora»!

Y luego, dominando su asombro, la alcanzó en el momento en que ésta iba á salir de la tienda y, con gestos de loco, le dijo:

—¡Tú...! ¡Tú...!

Impasible, fría, Teresa se limitó á contestarle con compasión:

—¿Qué dice usted, buen hombre?... Seguramente no tiene usted buena la cabeza...

Pancho no supo qué decir; se le pegó la lengua; la cabeza se le iba y estuvo a punto de caerse...

Teresa aprovechó esta ocasión para disponerse á desaparecer de la tienda; una lluvia torrencial la retuvo en su intento.

—No puedo marcharme con este tiempo— dijo á Pancho, cada vez más confundido.—Déme una silla, haga el favor... Voy á esperar á que pase el chaparrón.

Durante breves minutos la tienda de flores pareció un santuario perfumado, tal era el silencio de los dos seres que se hallaban en ella.

Pancho se martirizaba el espíritu por llegar á la confirmación de que la mujer que tenía ante sí era Raquel, su esposa, ¡la muerta!

Teresa lo sustrajo á sus cavilaciones:

—Ya no llueve y no quiero molestarle más... Gracias, señor.

Teresa partió. Pancho, golpeábase la cabeza, se dijo:

—¿Qué no es ella?... ¿Dice que no es ella?... ¡Dios mío, yo me voy á volver loco!

Al día siguiente, Pancho fué recibido por Sandoval á quien entregó las cartas y papeles de Francisco Loureno, que Marieta había

conservado cuidadosamente.

El diplomático, al oír el nombre de Loureno, fué presa de súbita extrañeza, y rogó á Pancho que esperase confiado sus noticias sobre el paradero de ese hombre que residió en el Brasil.

Y Sandoval, que conocía una parte del pasado de Dartés, por su amistad con él durante muchos años, no tardó en ponerle al corriente de la situación de su hija.

La noticia produjo el consiguiente estupor á Dartés, quien declaró, abatido:

—Ese es el remordimiento más grande de mi vida... el haber olvidado á los seres que me eran tan queridos...

Pancho fué llamado con urgencia en casa de Dartés. Este le pidió datos más precisos acerca de Marieta y convino en que, sin ningún género de duda, ¡Marieta era su hija!

El doctor Verdier y Marieta se hallaban en dulce coloquio amoroso. Aquél, enterado de la osada hazaña de Teresa, en la propia casa de su prometida, la dirigió frases de consuelo, y, como final, esta:

—No hagas caso de las insidias de esa mujer, Marieta querida... Por encima de todo será mi esposa.

A tiempo de *estorbar* á los novios llegó Pancho, quien notificó á Marieta:

—Te traigo una gran alegría, Marieta... Tu padre vive y te espera con los brazos abiertos.

—¿Mi padre?... Oh, Pancho, mi buen Pancho...

Mientras Marieta se arreglaba un poquito para salir á la calle, la tía Moscou, cuya sorpresa no tenía límite, preguntó á Pancho, delante del doctor:

—¿Y dices que has visto á Loureno?

—Sí... pero ahora se llama Dartés.

—¡Dartés!—dijo para sus adentros el doctor, en tanto que Pancho y Marieta se iban— ¡Marieta está perdida para mí!

El padre de Marieta la recibió dispuesto á redimirse, en el amor á la hija, de las culpas de su pasado.

Pancho dejó solos á Marieta y á su padre, al objeto de ir á firmar en el despacho del último el acta que éste había mandado extender por su notario. Se equivocó de puerta, y en su error llegó á un saloncito donde vió colgado en la pared un gran retrato al óleo de la mujer que era su obsesión. Esta vez sí que no le cabía la menor duda... Era ella... ¡Era Raquel «la Pecadora»! Puesto en el buen camino por un criado, Pancho llegó al despacho donde se le esperaba y después de someterse á los requisitos notariales, averiguó por boca del señor Sandoval que Teresa era marsellesa y que se casó con Dartés en el Brasil, á quien aportó una buena dote heredada de un rico colono que quería hacerla su esposa. «Entonces,—pensó Pancho—no pereció ahogada. ¿Qué milagro había podido salvar á la adúltera infame? Y asimismo consideraba muy lógica su huida á la América del Sur para escapar á su venganza de hombre ofendido.

Entretanto, en la habitación donde estaba Dartés con su hija, apareció Teresa, puesta al corriente por su esposo de la recuperación de su hija, secreto que sólo entonces le confiaba. Teresa no se opuso á que Dartés la recibiera en su casa y se mostró conforme en considerarla como hija suya, ya que lo era de él. Pero tal complacencia tenía su doble intención, pues cuando supo el nombre de su hijastra tuvo una íntima satisfacción: Marieta renunciaría para siempre al doctor Verdier así que supiera que ella, Teresa, era la esposa de Dartés, y que

éste y el doctor se batieron por ella porque el doctor le hacía el amor.

Cuando su padre presentó á Marieta á Teresa, aquélla pasmóse. Astuta, Teresa evitó una funesta exclamación de su hijastra, diciéndola:

—¡Cuidado con comprometerme, señorita!

—¡Qué cruelísima revelación!

Recopilando todo lo sucedido desde que volvió á ver á Raquel después de su supuesta muerte, Pancho recordó que la noche del duelo del doctor Verdier y Dartés había recogido una carta quemada de uno de los lados, y se apresuró á leerla, sacándola de su cartera. La parte legible decía lo siguiente:

«No puedo resistir más...

»de decirle todo lo que hay en el...

»de mi corazón. Renuncio...

»para ser de usted y he...

»á detestar á Dartés...

»Huyamos juntos...

»porque nada tendrá fuerza bastante para retenerme...

»Por piedad...

»Teres

—¡Ahl... ¡Ahora lo comprendo todo!... Esta carta tuvo relación con el duelo.—Afirmóse.

Aprovechando un encuentro fortuito con Teresa, al salir él del despacho y ella al separarse de Marieta y de su esposo, Pancho la siguió hasta una habitación particular y en ella ambos hablaron de esta manera:

—Eres Raquel, no me finjas más y hemos de arreglar una cuenta.

—No tengo nada que ver contigo; Raquel murió para siempre. ¡Déjame en paz!

—Has muerto para mí, que te deseo otra vez la muerte por lo mala, lo infame que eres; pero por eso mismo que no has muerto para los demás, he de hablarte, hemos de hablar con

gravedad.

—¿Cuánto pides por tu silencio?

—¡Bribona!

—¡Asesino!

—¿Asesino yo?... ¡Y lo dices tú, Raquel «la Pescadora», que estás viva aquí, á mi lado!... ¡Tú, que deberías estar en presidio por el delito de bigamia!

—¡Vete, Pancho, vete! ¡Te daré cuánto quieras... pero vete!

—Lo primero que harás será contarle á Dartés toda la verdad.... Luego, no impedirás el matrimonio de Marieta con el doctor. Si no lo haces así, me veré obligado á mostrar esta carta á tu marido. (Hasta el recuerdo de que él, Pancho, era legalmente el verdadero marido de Raquel, le era repugnante).

Teresa, ó Raquel, como quiera llamársela, se vió en peligro y á merced de Pancho, que la dijo antes de partir:

—Te dejo con tus reflexiones.... Hasta la vista, Raquel, «la Pescadora».

Pero Teresa no se dejaba vencer tan fácilmente y, entrevistándose con el agente de negocios dudosos, el señor Mas, le encargó:

—Es necesario secuestrar á ese traperero. Usted, con sus hombres, pueden hacerse pasar por agentes de policía... Ya le he dicho que él no tiene la conciencia muy tranquila, porque cree que en Marsella se le busca, acusado de asesinato de su mujer...

—De acuerdo, señora... Puede usted contar con la carta medio quemada que lleva en su bolsillo.

Aquella misma noche los hombres del señor Mas detuvieron á Pancho en el momento que regresaba á su casa para poner al corriente de la situación á la tía Moscou, bajo pre-

texto de que había orden de prisión contra él de la policía de Marsella. Pancho no hizo la menor violencia, con la esperanza de que, así que el comisario de policía supiera la verdad de los hechos, la que lo habría de pasar mal, si él quisiera, sería su esposa Raquel. Conducido á un lúgubre sótano, Pancho preguntó dónde estaba; los mercenarios le contestaron que en una prisión secreta del Estado y que, en vista de la urgencia, sería sin duda interrogado en seguida.

Unos amigos preguntaron á la tía Moscou, que con un cesto á la espalda había salido á su trabajo, por Pancho. Ella les dijo, con énfasis cómico:

—¡Ah; el bueno Pancho debe estar ahora durmiendo en un lecho de plumas en casa de Dartés!

—¿Y usted qué hará?

—Yo no dejaré el trabajo por ese acontecimiento... Nunca me ha gustado ser una carga para los demás.

En su «tournée», la tía Moscou pasó por delante del tragaluz del sótano en que se hallaba Pancho; se agachó para recoger unos papeles y la luz de su farol iluminó el oscuro encierro. Pancho pensó:

—¡Una linterna de trapero ante una prisión!.. ¡Oh, qué extraño es esto!

Y gritó:

—¿Quién va ahí arriba?

La tía Moscou creyó soñar; era la voz de Pancho. ¿Qué significaba aquello?

Para cerciorarse de su suposición, preguntó:

—¿Quién está ahí... ¿Eres Pancho?

—Sí, soy yo, tía; soy Pancho... He sido encerrado por unos canallas.

—Aguarda, Pancho...

La tía Moscou cogió una cuerda del fondo

de su cesto y, atándola á uno de los barrotes de la reja abierta hacia adentro, bajó al sótano. Tía y sobrino se abrazaron.

—Estoy segura, conozco el barrio;—dijo la tía Moscou á Pancho—Estamos en la cueva de un tal señor Mas, tacaño y usurero hasta la médula...

—¡Ah! ¿Sí? Eso es obra de la bribona de Raquel.

Un ruido de pasos los hizo enmudecer; la tía Moscou se escondió en un rincón. Entró en la «prisión» el señor Mas, que fingía ser el representante de la justicia encargado de interrogar á Pancho; pero éste atizó al villano una soberana tunda ayudado en esta efusiva tarea por la muy pesada y enérgica tía Moscou. Entre los dos dejaron al señor Mas en condiciones de ser *Papa...* por los muchos *cardenales* que tenía á su favor.

Antes de evadirse por el tragaluz su tía y él, Pancho dijo al señor Mas:

—A mi vez, voy á tener el gusto de avisar á la Justicia para que se haga cargo de unos pájaros de cuenta...

Precisamente aquella noche, Dartés daba una fiesta carnavalesca en sus salones, en honor de Marieta.

Teresa se fijó en un dominó misterioso que seguía atento los movimientos de Marieta y, por el tipo, le pareció era el doctor Verdier. Vió después que el hombre del dominó hablaba al oído á Marieta y que ésta se separaba del grupo de admiradores que la rodeaban, para seguir á la máscara intrigante. Habiéndoles seguido á ambos, sorprendió en el jardín esta escena amorosa:

—¡Marieta! —pronunció el doctor Verdier, que, en efecto, era el dominó misterioso—Marieta, estaba loco por verte, por hablar con-

tigo...

—¡Tú aquí, amado mío!... ¡Oh, si mi padre se enterase!

Desvanecido momentáneamente todo temor por las palabras de amor inmenso que Verdier le recitaba quedamente, Marieta le contó que su padre le había preguntado varias veces quién era su novio para darle su consentimiento en seguida, y que otras tantas veces había esquivado el contestarle sobre este particular. ¡Qué diría su padre si ella le dijera que el que ella amaba era el doctor, que aquél consideraba como un mal caballero!

Entretanto, Pancho y la tía Moscou, llegados á la casa de Dartés, atravesaron sus salones en fiesta y mandaron llamar, por un criado que los hizo pasar á un gabinete particular, á Dartés. Encerrados con éste, Pancho le reveló la realidad de las cosas:

—La que ahora se llama Teresa Dartés se llamaba antes Raquel «la Pescadora»... Es mi esposa, mi esposa legítima... aquí está la partida de nuestro matrimonio... El señor Verdier, el prometido de Marieta, puede presentarse con la cabeza alta ante usted. La culpable es la que escribió esta carta á medio quemar que yo hallé la noche del duelo.

Herido en lo más profundo de su susceptibilidad, Dartés requirió la intervención inmediata del Fiscal Rigaud, amigo suyo, que asistía á la fiesta, no como amigo, sino como magistrado. Puesto al corriente del caso, el fiscal se preparó á entrar en funciones.

Pancho, la tía Moscou, Dartés y el Fiscal, buscaron á la adúltera y bigama; la hallaron en el jardín en el preciso instante en que, cortándoles la conversación bruscamente á Marieta y á Verdier, decía á éste:

—¿Quién le ha permitido entrar en esta casa,

caballero?

La aparición de su esposo y acompañantes la dictó esta nueva frase á Verdier:

—Si no se va usted haré conocer á mi marido al que se atreve á llegar hasta aquí para hablar de amor á Marieta.

No le valieron finjimientos, ni excusas. El magistrado le hizo confesar su verdadera personalidad y la arrestó *ipso facto*.

Dartés, anonadado, pensando que lo que le



No le valieron finjimientos, ni excusas.

ocurría era quizás el castigo por la mala acción que cometió al abandonar á su esposa Luisa, muerta á consecuencia de su abandono, y á su hijita, dió su consentimiento al enlace de Marieta con Verdier y amplios poderes al Fiscal para que se impusiera á Raquel la pena que merecía, retirándose luego á vivir solo y tratar de olvidar que por su ambición perdió á una esposa digna, gracias á cuya muerte no

era bigamo, y el amor de una hija cuyo corazón pertenecía á los que supieron amarla.

Un mes después, los traperos, en un merendero de Montmartre, celebraban los desposorios de su hija adoptiva.

El resultado del proceso había sido favorable para Pancho, acusado por Raquel de haber querido matarla, pues fué absuelto por unanimidad. En cuanto á «la Pescadora», se le aplicó todo el rigor de la ley, y fué condenada á algunos años á la sombra.

Bajo la pureza de un cielo azul, y la ternura de los desposados, la alegría reinó en los corazones de los nobles traperos; también lágrimas de felicidad asomáronse á sus ojos, cual padres que hicieran la despedida á la niña amada, al entregarla al hombre elegido.

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)